

Todo es ruido, canciones, juegos e igualdad entre libres y esclavos, porque en mi reinado no se conocían los siervos y ni yo, que era el amo, los tenía.<sup>20</sup>

Sin embargo, el tono de Luciano es satírico y evidentemente su propósito no es tanto recordar «el fugaz imperio de Saturno», como el de criticar la realidad del presente a través de las acusaciones que hace Cronosolón, «sacerdote y profeta de Saturno», en la carta de protesta que le dirige a su dios.

«¿Qué ocurre, Cronosolón?» —le pregunta Saturno— «Pareces afligido.» «No sin razón», le responde:

Veo a los malditos y perversos llenos de riquezas y viviendo deliciosamente, mientras yo y otras muchas personas instruidas, estamos en la miseria y sin recursos. ¿Señor, no querrías poner término al desorden y restablecer la igualdad?<sup>21</sup>

Por primera vez, el recuerdo de la Edad de Oro permite una visión crítica del presente a través del procedimiento narrativo de comparar las dos Edades. Las iniquidades e injusticias se hacen evidentes por la simple confrontación entre la *imagen* y la *contraimagen* de la actualidad. El *revés* de la realidad —*El Mundo al Revés* que reaparece en otros mitos y alegorías de la Baja Edad Media como *La fiesta de los locos*, el *Obispo Niño*, el *Señor del Desgobierno*— es siempre subversivo. Basta leer la reclamación final que le hace Cronosolón a Saturno:

Los pobres todo lo soportaríamos mejor, si no viésemos la felicidad de los ricos. Tienen bajo llave tanto oro y tanta planta (...) Esto es lo que nos sofoca, Saturno, y hace insostenible nuestra suerte (...) Cambia, pues, nuestra condición y restablece la primitiva igualdad.<sup>22</sup>

El principio de la *sátira* de Luciano que reaparece en otras *utopías negativas* de la literatura, especialmente en los *Viajes de Gulliver* de Jonatán Swift, da un significado de reivindicación social al mito de la Edad de Oro, ya no sólo situado en el pasado como tradicionalmente lo había estado o en el futuro como anuncia Virgilio, sino en un presente que hay que cambiar radicalmente.

El cambio puede ser también seriamente autoritario. El *modelo* del pasado se instaura imperativamente en el presente, tal como pretende Platón en *Las Leyes*. Más que bienestar, holganza y ricos alimentos al alcance de la mano, Platón propone recuperar lo esencial de la Edad de Oro gracias a leyes morales y políticas que implantan un *modelo* inspirado en sus principios, pero aplicadas gracias a la fuerza de la ley. Así recomienda a sus contemporáneos:

Imitar por todos los medios la vida legendaria de los tiempos de Cronos y obedecer a todo lo que hay en nosotros de principios inmortales.

Esa vida «legendaria», ya no es únicamente:

La vida de aquellos tiempos, de abundantes cosechas sin necesidad de cultivo, de clima per

<sup>20</sup> Las Saturnales, I, 20; citado por Isaac J. Pardo en *Fuegos bajo el agua: la invención de utopía* (op. cit. pp. 115-117).

<sup>21</sup> Idem.

<sup>22</sup> Ibidem.

manentemente benigno que hacía innecesarios trajes y viviendas, de blanda cama en la hierba espesa,<sup>23</sup>

como la había definido en *El Político*, sino que supone una intervención activa y deliberada del hombre, el principio del *buen gobierno*.

«Pues bien, si con la imaginación inventásemos un Estado» —le propone Sócrates como un desafío. Platón lo acepta en *La República* y escribe: «Construyamos una ciudad ideal como si la fundásemos desde un principio».<sup>24</sup> Esta fundación de un mundo nuevamente perfecto de acuerdo a un *modelo* que debe proponerse teóricamente, anuncia el pasaje del mito de la Edad de Oro a la racionalizada edificación de la utopía, explicitada a partir de la publicación de la obra de Tomás Moro en 1516.

### *Emigrar a las tierras donde supervive la Edad de Oro*

A las variantes de la literatura clásica de una Edad de Oro recordada nostálgicamente y a la intervención activa del legislador para restablecerla moralmente, Horacio propone otra alternativa que resulta decisiva en la perspectiva americana del mito. El poeta romano nos dice: si la Edad de Oro no existe más *aquí* (en Europa), hay que emigrar hacia las tierras de *allá* (un Nuevo Mundo) donde todavía pueda supervivir.

Contemporáneo de Virgilio, Horacio no cree que sea posible volver hacia el pasado anterior a la navegación. Puesto que Roma está empeñada en su propia ruina a través de querellas internas y guerras civiles, a los auténticos patriotas no les queda otro recurso que emigrar. Si la Edad de Oro ya no existe ni puede volver a existir en el mundo continental de Hierro, la nueva patria debe ser construida en «otro lugar», donde la Edad de Oro reine soberanamente.

Basta, entonces, abandonar el presente, pero no por el artificio de recordar nostálgicamente el pasado o proyectarlo en el futuro, sino por el simple hecho de navegar a través de los mares hacia las tierras donde todavía se vive en el presente tal como se vivía aquí en el *pasado*. Curiosamente, la navegación que ha sumido la Europa continental en los males de la Edad de Hierro, puede ayudar a los hombres a recuperar la felicidad perdida.

La certeza de que en esos territorios desconocidos todavía reina la Edad de Oro la da el hecho de que «no enderezó acá su ruta la nave Argos». La historia sólo puede recomenzar, liberada de sus fatales errores, en una tierra *no descubierta*, en una tierra protegida porque no han llegado las naves *sacrílegas*, «tan pródigo Dios había separado las tierras del Océano insociable».<sup>25</sup>

Así, el poeta propone en *Épodos*:

Nos espera el Océano, circundador del mundo: busquemos los campos, venturosos campos, busquemos las islas ricas donde la tierra sin arar rinde trigo cada un año y está en cierne la no podada viña y no engañoso jamás germina el pimpollo de la oliva, y el higo negro es adorno

<sup>23</sup> Leyes IV por Platón. párrafo 713; Obras completas. Ediciones La Pleiade, París. 1966-9.

<sup>24</sup> La República II. párrafos 368 c-e, 369 a.

<sup>25</sup> Oda III de Horacio dedicada justamente a Virgilio en Obras completas (Aguilar, Madrid. 1960; pp. 628-629).

de su árbol, y la miel corre de las encinas huecas; y de los altos montes delgada el agua se desliza con su pie fresco y sonoro.

En esas islas, situadas allende el Océano, el clima es agradable. No hay lluvias torrenciales ni sequía:

Ni el Euro acuoso hiende la tierra con sus largas lluvias ni el árido terrón abrasa nunca la siembra pingüe, porque el rey celeste atempera todos los extremos.<sup>26</sup>

La insinuación poética de la literatura clásica griega se concreta en la expresión latina de Horacio: la Edad de Oro, desterrada por la Edad de Hierro en las tierras continentales, supervive preservada en las islas lejanas e inaccesibles. Ulises, el gran navegante del poema de Homero, ya había tenido oportunidad de desembarcar en la isla Siria, «donde ninguna enfermedad aborrecible le sobreviene a los míseros mortales» y donde ganados, trigales y viñedos favorecen una larga vida y una muerte dulce. Por su parte, el historiador Hesíodo había asegurado en *Los trabajos y los días* que: «Una divina raza de hombres héroes, que semidioses se llaman», había sido asentada por «Zeus padre, Cronida» en «los fines de la tierra», donde habitan:

Con el alma sin penas, las islas de los Beatos, junto al Océano profundo de vórtices, dichosos héroes!, a quienes la tierra dadora de mieses da frutos dulces como miel, que brotan tres veces al año; lejos de los inmortales, y Cronos reina sobre ellos.<sup>27</sup>

Horacio explica el origen de estas tierras lejanas y desconocidas donde supervive la Edad de Oro, afirmando que:

Júpiter segregó del mundo estas riberas: y las reservó para una raza piadosa, cuando manchó de bronce la Edad de Oro; con bronce primero, luego con hierro endureció los siglos, de quienes, según mi vaticinio, escapan los hombres con una fuga a tiempo.<sup>28</sup>

### *El viaje mítico y la diferencia con el otro*

«La fuga a tiempo» hacia tierras segregadas por el Creador desde el origen del mundo y «reservadas para una raza piadosa» de que habla Horacio no pueden ser otras que las del continente americano. Los *tiempos del anhelo* transformados en *espacios del anhelo*, gracias a su visión, anuncian el signo bajo el cual quince siglos más tarde serán geográficamente descubiertas. América, escenario del *eu-topos*, lugar feliz, estará esperando en ese *allá* ubicuo que desde la antigüedad se intuye como el último refugio de la Edad de Oro.

En este momento podría decirse que una cierta armonía de la Edad de Oro perdida se ha canjeado por otras formas posibles de la felicidad, porque es finalmente gracias al viaje que la navegación ha propiciado, que se ha explorado lo desconocido y se han encontrado esas *otras* tierras donde supervive una idéntica Edad de Oro.

Gracias a la navegación —además— el hombre ha percibido *otras* realidades y ha comprendido las diferencias existentes entre pueblos y paisajes. Su confrontación con

<sup>26</sup> Epodos XVI de Horacio en Obras completas, op. cit., pp. 830-833.

<sup>27</sup> Los trabajos y los días, op. cit., p. 6, párrafos 168-173.

<sup>28</sup> Palabras finales de Epodos XVI, en op. cit.